

LA NOVELA SEMANAL



El Capitán Morillo

POR

JULIO LLANOS

PRECIO: 10 Centavos

Más de 200.000 personas la leen

Los

BIZCOCHOS

Carpinacci

*Satisfacen a los
— paladares más
delicados —*



La alegría de los niños se demuestra con inusitado regocijo cuando pueden saborear estos deliciosos bizcochos.

"RICURA", "MOROCHOS",
"FREGOLI", "COCO DELICIOS",
"PORTENOS", "IRIS", "AGUEDA"
y "TORTA CRIOLLA"

PÍDALOS EN TODOS
LOS BUENOS
ALMACENES
DEL PAÍS

A. A. CARPINACCI

2036, Callao, 2038-Bs. As.-1534. Chercas, 1536

“LA NOVELA SEMANAL”

Administración: FLORIDA 248—Buenos Aires—U. T. 946, Avenida

Único Concesionario para la venta en la Capital Federal:

LUIS B. GALVAN, Sarmiento 730.

Agente en Montevideo: C. CHECHI, Canelones 590.

Agente en Rosario: CELEDONIO ECHAVE, San Lorenzo 1250.

Agente en La Plata: AGENCIA CARBONELL, calle 48, núm. 633.

Agencia en Mar del Plata: Diario “La Capital”, San Martín 2451.

Agente en Córdoba y Río 4.º: NICOLAS GULFO.

Y en todas las principales localidades de la República.

Las personas que tengan interés por la venta de “LA NOVELA SEMANAL” en las localidades del interior y exterior de la República, donde no tengamos representantes, pueden solicitar la agencia de nuestro semanario, siempre que acrediten tener la responsabilidad necesaria para el caso, a la Agencia General, Rivadavia 1573, Buenos Aires.—LA ADMINISTRACION.

IMPORTANTE PARA EL LECTOR

Hacemos notar a los señores subscriptores, cuyo abono haya vendido en esta fecha se sirvan renovarlo, para evitar la interrupción del envío de la novela.

SUSCRIPCION UNICA ANUAL \$ 5. — m/n.

NUMEROS ATRASADOS c/u " 0.10 "

Todas nuestras obras pueden adquirirse en la Administración, Florida 248, o en los kioscos, estaciones del subterráneo y ferrocarriles, vendedores de diarios o a nuestros agentes del interior.

PRÓXIMAMENTE — NÚMERO ESPECIAL EN DOS PARTES

“EL BASTONAZO”, por Belisario Roldán

Sucesivamente obras de: Lugones, Muzzio Sáenz Peña, Mariano de Vedia, Mamá Justa, Horacio Oyhanarte, Rubén Dario, Giménez Pastor, Manuel Gálvez, Remón A., Elsa Norton, García Velloso.

¡Su niño enfermizo está estreñido! Mírele la lengua

Si está inquieto, febril o bilioso, dele Jarabe de Higos “California”

No importa lo que el niño tenga, un laxante suave, pero eficaz, debe ser siempre el primer tratamiento administrado.

Si el pequeño está indispuesto, enfermizo, no descansa, no come o sus intestinos no funcionan bien, ¡fíjense, madres! a ver si la lengua del pequeño está sucia. Esto es evidentemente una señal de que el estómago, hígado e intestinos del niño están obstruidos con las heces. Cuando el niño esté malhumorado, irritado, febril, si tiene el estómago ácido, el aliento fétido, dolores de estómago, diarrea, mal de garganta o resfriado, désele una cucharadita del Jarabe de Higos “California” y en pocas horas desaparecerán suavemente de sus pequeños intestinos todo el estreñimiento

venenoso, la comida no digerida y las bilis ácidas, sin ocasionar retortijones, y el niño estará contento y bien otra vez.

Las madres pueden descansar después de dar este inofensivo “laxante de fruta” a sus hijos, pues limpia el hígado y los intestinos de los niños y alivia el estómago, y éstos lo encuentran muy agradable al paladar. Las direcciones completas para tomarlo, tanto para los niños de todas las edades como para adultos, vienen impresas en cada botella.

Cuidese que no le den otro Jarabe de Higos falsificado. Pida en la botica una botella del Jarabe de Higos “California” y fíjese que tenga el nombre de “California Fig Syrup Company”.

Para informes: L. F. MILANTA—Rivadavia 1255 - Bs. Aires

ESO... Y NADA MÁS

Sobre la mesa donde escribimos está un frasco con hermosa etiqueta y flamante rótulo. Hay en ese frasco simplemente un vino regular con dos o tres ingredientes tónicos y, sin embargo (a juzgar por la etiqueta), ese vino CREA SANGRE. Esas dos palabras "Crea sangre" aparecen varias veces en el rótulo y en la circular de instrucciones.

En otra mesa hay un frasco de una preparación de aceite de hígado de bacalao que, según sus autores, es un "alimento completo", lo cual significa que se puede vivir sin tomar nada más. Esta preparación también CREA SANGRE.

Pero si se le exigiera a ambos fabricantes vivir, digamos, cuatro o cinco meses a dieta de bacalao y vino tónico, se nos antoja que pondrían el grito en el cielo y que al terminar los cinco meses...

Las Pastillas del Dr. Richards no crean sangre ni substituyen a los alimentos ordinarios. Tampoco creemos que haya medicamento que realmente sirva para crear sangre. La sangre, jamás nos cansaremos de repetirlo, es el producto de lo que comemos, siempre que se digiera y asimile, y de lo que respiramos. Hay más "alimento nervino" en un gramo de carne bien digerida que en miles de kilogramos de drogas, aceite de bacalao y vinos medicinales.

Ningún hombre o mujer es más fuerte que su estómago

Este axioma es de conocimiento universal y, siéndolo, ¡cuán extraño es que los pacientes con nervios famélicos e irritables sigan tragando sendas dosis de **tónico nervino** en vez de procurar su curación en el estómago.

Recuérdese que las Pastillas del Dr. Richards no son un "alimento nervino". El alimento nervino está en la carne, huevos, legumbres, etc., que se comen diariamente. Lo que hacen las Pastillas del Dr. Richards es AYUDAR al estómago a EXTRAER ese alimento nervino del almuerzo, comida y cena de todos los días. Eso y nada más.

Importador: L. F. MILANTA —Rivadavia 1255—Buenos Aires.

¡Cuide su cabello! Un frasco de Danderine hace desaparecer la caspa.

La caspa desaparece y el cabello no se cae más.

¡Pruebe esto! Su cabello se pondrá lustroso, ondeado, abundante y bello.

El cabello delgado, quebradizo, descolorido y áspero es una evidencia muda de un cráneo descuidado; de caspa, esa terrible costra.

No hay nada que destruya tanto el cabello como la caspa. Le quita su lustre, su vigor y su vida; y al mismo tiempo produce picazón y estado febril en el cráneo, lo que si no se cura, hace que las raíces del cabello se contraigan, se aflojen y se mueran; entonces el cabello se cae. Un poco de Danderine esta noche, ahora o en cualquier tiempo, salvará su cabello.

Compre un frasco de Danderine de Knowlton en cualquier

bótica o almacén, y después de la primera aplicación, su cabello tomará vida, lustre y crecerá en abundancia. Se pondrá ondeado, sedoso y espeso, con un lustre y suavidad incomparable; pero lo que más le agradará será ver cómo después de usarlo por algunas semanas, el cabello crecerá en abundancia, fino y suave por todo el cráneo.

Danderine es para el cabello, lo que la lluvia y el sol para las plantas. Va directamente a las raíces, fortaleciéndolas y dándoles vigor. Sus propiedades estimulantes y vivificadoras hacen que el cabello crezca largo, firme y bonito.

EL LUNES PRÓXIMO PUBLICAREMOS

“UNA SEMANA DE HOLGORIO”

por **ARTURO CANCELA**

(autor de “El cocobacilo de Herrlin”)

Esta novela de actualidad, inspirada por los sucesos ocurridos durante la semana trágica de Buenos Aires y que han conmovido a toda la opinión sana del país, está llamada a constituir uno de los mayores éxitos de **LA NOVELA SEMANAL**, por compendiarse en ella la extraña serie de incidencias pasadas, y cuyos protagonistas descríbelos el autor con sus modalidades de acerbo crítico, profundo observador y fino ironista.

El Capitán Morillo

POR

JULIO LLANOS

I

—Oye, Braulio; quiero confiarte un asunto grave, bajo tu palabra de honor de que guardarás reserva absoluta, por lo menos mientras tu discreción lo juzgue necesario.

—Tienes mi palabra. Pero ¿cómo he de conocer yo cuándo debe o puede cesar mi silencio?

—Escucha. Y recibiendo el mate que le alargaba su interlocutor, lo colocó sobre la mesa de noche, abrió el cajón de un pequeño armario, únicos muebles, que juntos con una ancha cama y dos sillas poblaban la habitación pobrísima. Tomó un papel cuidadosamente arrollado y lo entregó con un gesto expresivo de resolución.

En la última página insertamos la lista de las interesantes obras publicadas, que recomendamos adquieran todos los coleccionistas.

Braulio lo desenvolvió lentamente, recorrió las líneas escritas y alzó los ojos con asombro.

—¿Y esto?

—Lo que tú vez: una orden.

—No entiendo.

—Sabes que Urquiza marcha sobre Buenos Aires y necesita recursos. Voy a llevárselos. Eso es todo.

—¡Estás loco!

—No. Mis compatriotas han partido casi todos para incorporarse al ejército libertador. Yo he permanecido pretextando que el cuidado de mi mujer y de mi hijita me retenían. En realidad, y a pesar de que son ellos los únicos seres que me atan a la vida, me he quedado, sonrojándome diariamente ante las miradas que se me ocurren preguntas, hasta completar mi plan. Ya lo está, y saldré mañana.

—Tu plan exige también recursos. Es verdad que tus amigos...

—Mis amigos... — y sonrió tristemente, — huyeron con mis últimas monedas. La amistad es un vicio caro. No se cultiva en la pobreza. Daré cuenta de mi propósito a la Junta, y allí encontraré recursos.

—¿Y el secreto?

—Lo guardarán porque les conviene. El único de quien he podido aconsejarme tranquilamente es de Mitre, pero partió ya, y yo no quería revelar proyectos. Ahora es otra cosa. Estoy en la ejecución.

—Yo no deseo disuadirte de una empresa en que juegas la vida...

—¡Y algo más! Cuida mi memoria y a los seres que amo.

Y el joven no pudo ocultar la emoción que entristecía sus últimas palabras. Tendió las manos a su amigo como dando por terminada la confidencia. Este se levantó y lo estrechó largamente entre sus brazos.

Ambos se valían. El que aparecía dueño de la habitación era más delgado, flexible, esbelto. Su fisonomía se aclaraba con la mirada serena, a veces imperiosa, de sus ojos verdosos.

—Salgamos, — dijo — va a llegar mi mujer, a quien he

alejado para hablarte, y no quiero que su penetración femenina sorprenda la gravedad de nuestra conversación.

Y los jóvenes enfilaron a paso lento, bajo el sol caliente de una mañana de noviembre, las silenciosas calles de la capital uruguaya, en dirección a la matriz.

II

En un espacioso salón, cuya severidad tocaba los límites de la pobreza, conversaban en voz baja cinco personas de aspecto grave y distinguido.

—Para las 9 — dijo uno de ellos, mirando la hora en su gran reloj de plata — nos ha citado ese joven tan misteriosamente. Y son las 9 y 5 minutos, añadió, dejando sin articular un reproche que se reflejó en su gesto severo.

—¿No será un atolondrado, que nos venga a contar alguna simpleza?

—Conozco su familia en Buenos Aires. Son personas muy distinguidas.

—Y yo su audacia personal, siguió un tercero, personaje alto y flaco, de fisonomía singularmente expresiva y atrayente.

—¡Ahí viene!

Se oyeron pasos ágiles y precipitados que resonaban en el patio anterior a la habitación que lo cruzaba, y donde alumbrados tímidamente por tres velas sustentadas por un candelabro hemos encontrado a las personas que constituían la reunión.

El joven, a quien conocimos en las confidencias a su amigo Braulio, saludó airoosamente desde la puerta.

Invitado a sentarse con un ademán que parecía colocarlo entre la situación de un reo y la de un individuo de quien se esperan explicaciones sin preámbulos...

—Hable usted, ordenó casi, el que se indicaba como de mayor autoridad.

—Desde esta hora, dijo el joven resueltamente y sin altanería, soy el capitán Morillo. No debo ni quiero llamarme de otra manera.

Y extendió, a quien lo invitara a hablar, el documento que le vimos exhibir en la mañana.

El personaje lo leyó dos veces, pues en la primera pareció no comprenderlo, y lo pasó al que se hallaba a su lado.

De pronto, y como escogiendo para formularla una de las cien dudas que lo asaltaban, preguntó:

—¿Cómo habéis obtenido esa orden?

—Es mi secreto.

Durante este tiempo el papel, objeto de tanto asombro, había circulado de mano en mano.

El silencio se hizo mortificante, justamente porque todos sentían que había mucho que decir y que oír.

Y como es más fácil escuchar que hablar en los momentos embarazados, el grave personaje repitió su indicación imperiosa:

—Hable usted.

—He rogado a todos ustedes, individualmente, que tuvieran la bondad de oírme reunidos. Escúchenme ustedes, si les digo que los he elegido cuidadosamente entre todos los miembros de la Junta Revolucionaria o de Resistencia porque bastan para mi objeto, y el asunto exige la menor divulgación posible y la mayor discreción entre quienes lo conozcan.

Un signo de asentimiento, que no era precisamente de aprobación, invitó al joven a continuar.

—Mi propósito exige recursos de que yo no dispongo desgraciadamente, y exige más imperiosamente aún, que personas tan respetables como ustedes tomen conocimiento anticipado, pues al peligro de mi vida se junta el de mi reputación, y ésta, por lo menos, quiero salvar.

—La orden es falsa, interrumpió uno de los circunstantes dando salida trabajosa a la duda que estaba en todos los ánimos.

—Todos los medios son buenos para combatir la tiranía, afirmó el joven.

Nadie rechazó explícitamente el arriesgado principio dejándolo librado a la conciencia de cada cual, pero todos esbozaron un gesto de repulsión en homenaje a la austeridad de sus virtudes.

—El general Urquiza necesita recursos. Yo puedo proporcionárselos, como ustedes ven, si se me entregan los medios de trasladarme a Buenos Aires, para lo cual tengo todo arreglado. Ese es, en síntesis, mi proyecto. ¿Lo aprueban ustedes?

—Las dificultades...

—Quedan por mi cuenta. Me trasladaré a la Bahía de San Borombón, y desde allí a Buenos Aires.

—Antes de que usted llegue habrá sido denunciada su presencia sospechosa.

—El pronunciamiento de Urquiza es conocido en toda la provincia. El celo de los partidarios de un gobierno disminuye en proporción a la magnitud del peligro que lo amenaza.

Los miembros de la Junta sonrieron francamente, por la primera vez, ante la escéptica afirmación. Serenóse el ambiente, y el interrogatorio con aires de juicio se cambió en una conversación animada y amistosa.

Esto permitió a nuestro protagonista alejar recelos y establecer la confianza, y a uno de los presentes dar salida a una pequeña peroración sentenciosa:

—El gobierno, dijo, desgasta desde luego a quien lo ejerce. Los errores abultan más su cuenta ante la opinión pública que los mismos delitos. Rozas tiene ya un largo desgaste y una gran suma de errores. Su fin se acerca...

—Esas causas me han permitido, interrumpió el capitán Morillo, obtener la orden que ustedes han visto. En Buenos Aires la gente empieza a prestar servicios secretos a la oposición para hacerlos valer si llega la oportunidad.

En ese tono cordial siguióse dialogando vivamente, y quedó aceptada la tentativa audaz de Morillo, quien se despidió recogiendo esta promesa:

—Mañana a mediodía tendrá usted los fondos que le son indispensables. Y, ¡Dios lo ayude!

Efusivamente estrecharon las manos del joven, quien momentos después se perdía a pasos rápidos por las oscuras callejuelas en busca de los intensos afectos que lo aguardaban en su hogar, entristecido por la miseria y dolorido por la

proximidad de la separación llena de presentimientos escondidos, voces de alarma inquietantes, cuya fórmula precisa evitan los ánimos resueltos.

Morillo, según imponía el joven que se le llamase, abrió cuidadosamente la puerta de su habitación, y penetrando sin ruido, sonrió con amor a una mujer que lo aguardaba leyendo al pie de la cama, en la cual dormía una niña de dos a tres años.

Ella se levantó y echándole los brazos al cuello:

—Mucho has tardado esta noche.

—Asistí a una reunión importante, en la que se tomaron varias resoluciones.

—¿También importantes?

—Para nosotros, sí.

—Dímelas. Me has jurado no tener secretos conmigo.

—Y aun sin juramento te lo diría por cariño. A más, necesito tu complicidad. Mañana saldré para Buenos Aires.

—¿Tú?

—Sí, pero no te aflijas. No correré peligro alguno. Se trata simplemente de llevar unas comunicaciones. Durante mi ausencia debes decir que he salido a la campaña por un asunto particular.

—¿Cuándo volverás?

—Dentro de quince días.

La joven, una hermosa mujer, había preguntado y escuchado todo esto reprimiendo su ansiedad. Pareció agotarla el esfuerzo. Volvióse hacia la cama y besó tiernamente a su hijita, bañándola con sus lágrimas.

—No entristezcas por una separación que no es terrible.

—Vas adonde te persiguen. Todo es terrible en estos tiempos. ¿Por qué no mandan a otro?

—Comprenderás que no haya podido rehusarme. Era el más joven de la reunión. A más, tú sabes nuestra situación. Te dejaré recursos. No se puede vivir con una angustia todos los días, con una humillación en todos los instantes. La pobreza no deshonra, se dice, pero aísla, que es la consecuencia del deshonor.

Morillo dejó caer su cabeza con abatimiento.

—Bueno, dijo ella abrazándolo cariñosamente. Júrame que no hay peligro en el viaje. Así no me quejaré más.

—Te lo juro. Y uniéronse en una caricia de ternura infinita.

III

Alejábase lentamente, extendida por la brisa su ancha vela latina una ballenera, que dejaba las costas desiertas de la gran Bahía que se inicia en el Sud de Buenos Aires, la serie de puertos futuros.

Apareció sobre las barrancas, subiéndolas ágilmente, la figura resuelta de un hombre cuyo traje anunciaba un oficial en campaña, en que las prendas usadas y envejecidas por la intemperie se acomodaban más a la necesidad que a las reglamentaciones del uniforme. Chambergo aludo, rodeado por una cinta roja, poncho grueso y raído, bombaacha y botas altas, sable rudo y corvo, le daban ese aspecto inconfundible que imponen las noches del vivac y las marchas bajo el sol y la lluvia.

Ya en lo alto escrutó el horizonte. No lejos se alzaba un rancho solitario, habitado sin duda por uno de esos gauchos que cuidaban más de recoger los restos de naufragios arrojados a la costa por la marea que de vigilar las haciendas.

Descendió nuestro hombre a la playa, y volvió en el acto con un apero abultado por las caronas de cuero, y se encaminó hacia la habitación divisada. Espantó los perros, que anunciaban amenazadores su llegada, y gritó desde las cercanías la fórmula habitual:

—¡Ave María Purísima!

—Sin pecao, respondió un sujeto de aire bravío apareciendo en la puerta. Cambiados los saludos, dijo el recién llegado:

—Soy el capitán Morillo, al servicio del excelentísimo señor Restaurador, y vengo de la Banda Oriental donde he estado en comisión reservada. Necesito un caballo de aguante para cumplir órdenes, y tal vez usted pueda vendérmelo.

—Justamente tengo un zaino de galopar de sol a sol, que me dejó un amigo. Entre, tome unos mates, mientras yo acerco la tropilla.

El capitán aceptó la indicación.

Pocos instantes después, el gaucho silbaba la *madrina* en las proximidades del rancho, y unos diez caballos la rodeaban.

En breves palabras se ajustó la operación, y Morillo ensilló rápidamente.

—Ya sabe, amigo, dijo tendiendo la mano al gaucho, que mi comisión es reservada, y yo quisiera que nadie supiese que ha desembarcado en esta costa un oficial del ejército.

—Pierda cuidado.

Calzóse Morillo las grandes espuelas nazarenas que extrajo de su recado, y emprendió al' rumbo la marcha en la dirección de Buenos Aires.

IV

Acababan de sonar las tres menos cuarto en el viejo reloj del Cabildo. Era un día nublado y lluvioso.

El tesorero del Banco de la Provincia hacía sus recuentos y revisaba sus notas con la habitual y tranquila prolijidad minuciosa que ponía en esas operaciones, a las que acordaba una importancia cuya trascendencia extendía más allá del cumplimiento de sus rígidas obligaciones.

De pronto alzó los ojos y miró por sobre las gafas hacia la puerta del establecimiento. El ruido que producía un caballo sujetado de golpe en su marcha apresurada, conmovió el silencio de la calle e inquietó las oficinas.

El individuo, que tan sonoramente se anunciaba, manó su cabalgadura, que aparecía bañada en sudor y cuyos flancos agitados denotaban una larga y apurada carrera. Penetró resueltamente; y saludando al tesorero de una manera que confundía al militar y al paisano, le entregó un papel de oficio tiernamente resguardado de la lluvia que mojaba su traje.

El tesorero lo tomó con un aire de visible respeto. Leyólo atentamente, y fijó sus ojos con temor en quien se lo entregaba. La fisonomía de éste permanecía tranquila e impenetrable, velada, su mirada por grandes anteojos oscuros.

—Su excelencia, dijo como escogiendo cuidadosamente las palabras y con la voz blanca de la vacilación, ordena la entrega inmediata...

—De un millón de pesos, interrumpió Morillo firmemente.

—Eso es; de un millón de pesos...

—Que debo conducir en el acto.

—Es que el señor Presidente no está en este momento.

—Pero hablo con el señor tesorero, supongo.

—Sí, señor, yo soy el tesorero, pero no sé si debo entregar tan gruesa suma...

—¿Es esa, o no es, una orden del excelentísimo Gobernador?

—¡Ah! Sí, señor oficial es una orden del excelentísimo señor Gobernador. La primera orden de ese género.

—También es la primera vez que se subleva el traidor Urquiza.

—Es verdad. La primera vez, repitió el tesorero maquinalmente mientras la respuesta audaz del oficial lo hacía pensar en misteriosos planes y combinaciones políticas, de las que nunca habían inquietado su imaginación, habituada a dejar al Gobierno el cuidado de tejer y destejer esas tramas.

Nuestro joven pensó que había encontrado la manera de concluir con las vacilaciones inquietantes del tesorero, y dejó caer algunas frases como indiscretas, sobre sus sospechas fundadas de que la gruesa suma se destinaba a sobornar tropas del general Urquiza.

Con aquella semiclaridad, el leal oficinista se dispuso a contar en billetes iguales y grandes, de aquellos que yacían inmóviles en las arcas del Banco, el millón de pesos que se pedía.

Morillo comenzó a pasearse con aire despreocupado, haciendo rayar las rodajas de sus nazarenas en las baldosas lustradas del pavimento.

—Es una lástima que no haya estado aquí el señor Presidente para cumplimentar con su anuencia la orden del excelentísimo señor Gobernador, dijo el alto empleado, respondiendo a su propio pensamiento más que al obsecuente deseo.

—Crea usted que es la mismo, señor tesorero, observó el oficial, mientras acomodaba en su ancho tirador una parte de los billetes que se le iban entregando.

Pocos instantes después se dirigía, al tranco, hacia las calles del bajo y se cerraban las puertas del Banco detrás del tesorero, que seguía la calle San Martín en busca de la casa que habitaba el presidente de la institución bancaria que llenaba y excedía las necesidades financieras de la época.

V

—¿A qué debo el placer de verlo en esta su casa, señor tesorero? ¿Hay alguna novedad?

La última pregunta la hizo el señor presidente, sospechando, en la fisonomía del empleado, los rastros de una gran inquietud.

—Sí, señor presidente, una gran novedad. Y el tesorero le entregó la orden que llevaba escrupulosamente escondida, más que guardada, en un bolsillo interior.

El señor presidente la leyó con el aire de natural importancia de su alta investidura. Sin embargo, al terminarla, su rostro se ensombreció.

—¿Y usted cumplimentó esta orden?, preguntó con voz grave.

—Naturalmente, señor presidente. Una orden tan terminante de su excelencia, siguió, olvidándose de los demás títulos con que Rozas se complacía en hacerse designar con profundo conocimiento de la psicología popular de su época.

Y como exaltado por sus propias inquietudes, continuó narrando puntualmente todos los pequeños incidentes, y repitiendo las palabras cambiadas con el oficial, durante la casi ceremonia de la entrega de los billetes.

—Es indudable, dijo el presidente después de haberlo

escuchado sin interrupción, que la quietud militar del general Rozas obedece a otros planes de su alta política. Muchas veces he pensado en esa falta de oposición de fuerzas al avance del traidor Urquiza. Ahora puede todo comprenderse... Déjeme usted la orden, prosiguió como al descuido, cuando el tesorero se disponía a marcharse.

Una vez solo el señor presidente, comenzó a pasearse a largos pasos, dejando aparecer libremente su intensa preocupación.

—Es verdad que los momentos son graves y deben ser también excepcionales las resoluciones. Sin embargo, no me tranquilizo, dijo en voz inteligible y como condensación de alarmas y pensamientos reconfortantes al mismo tiempo.

Se dirigió a las habitaciones interiores, cambió su traje por uno más ceremonioso, y provisto de un grueso paraguas, tomó gravemente la acera que lo encaminaba a la casa de su amigo y colega, el señor Bernabé de Escalada.

Sin hacerse anunciar, penetró mesuradamente. Era la hora del mate familiar y algunas señoras y caballeros comentaban los sucesos del día, esquivando ocuparse de las versiones políticas, que se dejaban exclusivamente para las discretas tertulias de hombres solos e íntimos.

No se extrañó la presencia del señor presidente, uno de los habituales concurrentes, pero despertó sospechas de sucesos graves la indicación que hizo en la hora de retirarse, al dueño de casa, de que lo acompañara al escritorio para una consulta confidencial.

Largo rato departieron ambos personajes hasta que, a boca de noche, salieron juntos, encaminándose a la habitación de otro de sus colegas y amigo.

—Asunto grave debe traer a ustedes a estas horas, díjoles éste, recibéndolos cariñosamente.

—Usted lo dirá. Y entregándole la orden objeto de tantísimo susto, aguardaron la impresión.

Repetióse la narración y los mismos comentarios, casi en términos idénticos, y nació la resolución de consultar, después de comer, al tercer colega de directorio.

Con esta decisión tomó cada uno de los visitantes la

dirección de su casa con el paso algo más nervioso que de costumbre.

A las once de la noche se hallaba reunido íntegramente el directorio en la casa de su presidente, y sus miembros habían terminado la discusión, poniéndose de acuerdo en realizar, sin pérdida de tiempo, una visita al señor gobernador y darle cuenta de haber cumplido la orden.

Atalajóse, pues, la gran carroza del más opulento de los personajes. Y pocos momentos después tomaban todos, al trote corto de una yunta bien tenida, el camino sombrío de Palermo.

VI

En las antecámaras de la residencia del general Rozas hacía tertulia íntima y poco movida el edecán de S. E.

A él se dirigieron nuestros personajes reclamando una audiencia por asunto urgente.

Inmediatamente fueron conducidos a un salón próximo, donde apareció la figura robusta del dictador.

—¿A qué debo el placer de ver a ustedes, y a éstas horas?—preguntó sin que revelara inquietud su bellísimo semblante.

—A la satisfacción de haber dado cumplimiento esta tarde a una orden de su excelencia, dijo el presidente, penetrando resueltamente en la cuestión.

—¿Qué orden? Yo no he dado ninguna que se relacione con la administración de ustedes.

Simultáneamente palidecieron todos, y el señor Escalada extendió el papel en silencio.

Rozas lo recorrió rápidamente y tiñéndosele el rostro con un ligero sonrosado...

—Esto es falso. Y bien han podido ustedes observar lo inusitado del procedimiento. Yo no he dispuesto nunca de los dineros del Banco.

La voz del dictador se había hecho áspera.

Comenzaron las explicaciones, las excusas. También los momentos eran extraordinarios.

Rozas volvió al dominio de sí mismo. Tuvo palabras amables para sus amigos, que lo eran desde mucho tiempo, y decoraban su situación política. Eran ellos, y otros hombres muy respetables, los que contradecían la prédica unitaria de que en la ciudad sólo permanecían elementos subalternos.

Llegóse a cambiar el tema de la conversación, refiriéndola a las circunstancias del momento.

—Hacen un gran esfuerzo mis enemigos, dijo Rozas; pero no disminuirán el entusiasmo y la lealtad de los partidarios del orden. Un traidor no hará cien traidores.

Sobre esta última afirmación insistió el dictador con vehemencia. Era que ya no se ocultaban a su sagacidad los síntomas de descomposición y decaimiento que reinaban en sus filas apocadas y fatigadas por la larga quietud de su dominio absorbente y esterilizador.

La tiranía confiscó también la iniciativas, y la vida era puramente vegetativa.

Sentía el dictador estas causas de desaliento, que llegaban hasta él y lo penetraban. Sólo en palabras vencía sus propios descorazonamientos.

Sus oyentes aprobaban aquellos razonamientos sin que les dieran la impresión del triunfo. Evidentemente, aquella locuacidad, un poco extraña en su excelencia, era indicio de un gran vacío en la acción.

Tranquilizados los ánimos respecto al asunto principal de la visita, se retiró el directorio, amistosamente despedido, y el dictador volvió a sus habitaciones de trabajo, donde le aguardaban secretarios y escribientes, a quienes dictaba las más variadas y minuciosas comunicaciones, que corregía después prolijamente.

Al entrar ordenó, dirigiéndose a un oficial de servicio:

—Que llamen a Moreno en el acto y donde se le encuentre.

La mirada fría de sus ojos azules había adquirido reflejos acerados; su voz un tono más imperioso, y sus mismos movimientos, descansados y suaves, cierta agilidad nerviosa.

Los escribientes apresuráronse a doblarse sobre sus respectivos papeles.

VII

Desde las primeras horas de la mañana el viejo Cabildo hervía de animación. Entraban y salían individuos trajeados de la manera más variada, y todos con los rojos colores de la causa, ostentosamente exhibidos en aquellos momentos de prueba para la lealtad de sus partidarios. Moreno, el jefe de la policía restauradora, daba órdenes terminantes. Había que vigilar especialmente los embarcaderos y la costa, esparcir chasques a los jueces de paz y alcaldes, investidos entonces con funciones policiales. Su excelencia reclamaba un escarmiento para detener la audacia creciente de sus adversarios. El delincuente llevaba muchas horas de ventaja y bien montado podía ganar la frontera de la provincia sin ser alcanzado. Al mismo tiempo, hacía llamar al tesorero del Banco para que le diera detalles fisonómicos del prófugo:

La noticia del audaz atentado circulaba en los corrillos madrugadores, se desfiguraba, y la suma extraída crecía enormemente en los comentarios.

Moreno había tomado todas las previsiones y enviado partes innumerables a todos los rincones infructuosamente, cuando a eso de las diez se le presentó un ciudadano pidiendo una rápida y reservada audiencia.

—¡Que pase!

El sujeto se adelantó caminando sin ruido, como el que tiene que hacer una revelación peligrosa.

—Señor jefe, enunció, respondiendo a un saludo cortante y autoritario de quien no tiene tiempo que perder en oír cosas ajenas al asunto que lo preocupa.

—Señor jefe. Esta mañana he sido visto por un amigo para cambiar en oro una fuerte suma. Soy agente de cambio. Agente de cambio, repitió, ante la mirada severa del funcionario, que aun no penetraba por qué se hacía misterio de una operación que debía ser habitual en el denunciante.

—Bueno. ¡Y qué!... pronunció Moreno impaciente.

—Los billetes son todos nuevos de mil pesos, y como se dice que han robado al Banco...

La fisonomía del jefe se iluminó. Pero, el resplandor fué fugitivo.

—¿Es que se va a entretener en cambios el ladrón?, dijo.

—Vea, señor jefe, la numeración de los billetes es correlativa, y como el gobierno puede desmonetizarlos con un decreto...

Nuevo resplandor en la fisonomía de Moreno.

—¿Dónde está el hombre que hace esos cambios?

—Yo no lo sé. Mi amigo...

—¡Qué venga su amigo! ¡Y en el acto!, exclamó poniéndose de pie. Usted me responde de su presencia.

El denunciante tomó la puerta con verdadera rapidez.

VIII

En una habitación interna del hotel del Globo, en traje completo de un burgués acomodado, volvemos a encontrar al capitán Morillo.

Da órdenes precisas a un ciudadano, quien lo escucha con la deferencia que impone a la mayoría de la gente, la posesión de grandes sumas de dinero.

—Tráigame usted todo el oro que encuentre; pero antes de las dos de la tarde. Debo partir a esa hora exactamente.

Tal vez iba a agregar alguna otra indicación cuando lo interrumpió la brusca presencia de un sujeto seguido de gente uniformada.

Morillo hizo un movimiento de retroceso, llevando la mano a la cintura.

—Es inútil la resistencia. Está usted preso.

El joven palideció intensamente. Dejó caer los brazos y esbozó una maldición.

Los gendarmes le rodearon, le tomaron las armas y se apoderaron rápidamente de cuanto contenía la habitación que pudiera pertenecerle.

—En marcha, dijo el que hacía de comisario, en cuanto le pusieron las esposas.

Numeroso público aguardaba la salida de los agentes, a los cuales se había visto penetrar en el Hotel con curiosidad admirativa.

El grupo de gendarmes, escoltando el reo, tomó a paso rápido la dirección de la plaza de la Victoria, seguido de la muchedumbre comentadora, que ya le atribuía los más horrosos crímenes.

Moreno lo hizo llevar en el acto a su presencia. Quería iniciar en el acto el interrogatorio y llevar personalmente sus informes al dictador.

Después de haberlo examinado curiosamente, empezó:

—¿Cómo se llama usted?

—Soy el capitán Morillo.

—¿Cómo obtuvo esa orden firmada por el excelentísimo señor gobernador?

—Yo la hice.

—Lo único que puede salvarlo es que nombre a sus cómplices.

—No los tengo.

En esta pregunta insistió varias veces el funcionario variándole la forma sin que se alterara la respuesta. La serena resignación del reo no se modificaba ante ninguna de las cuestiones que se le proponían.

Durante el interrogatorio los altos empleados y amigos de los funcionarios se asomaban por las puertas y ventanas del despacho. Pronuncióse el nombre de una familia conocida. Alguien pretendía identificarlo.

Cuando Moreno ordenó que se le condujera al calabozo manteniéndolo incomunicado, circulaba ese nombre.

El jefe lo recogió para llevarlo con otros detalles al señor restaurador.

IX

El delito estaba probado. El mismo reo no lo negaba. Levantóse la incomunicación y siguió sus trámites la justicia.

En la ciudad había causado el suceso profunda emoción y era objeto de todas conversaciones. ¿Aquella suma se des-

tinaba a las fuerzas de Urquiza? ¿Era una tentativa unitaria? El joven llegó de Montevideo. Eso era cierto. Los espíritus pequeños, los que no creen en los sacrificios ajenos porque se sienten incapaces de generosidades, lo negaban. El reo no había sido explícito en sus declaraciones. Un silencio altanero seguía a la mayor parte de las interrogaciones.

Una mañana se presentó al señor Moreno un joven de porte y maneras distinguidas, que habló reservadamente con el funcionario. Este llamó a uno de sus empleados.

—Acompañe al señor a la celda del capitán Morillo.

Bajaron las escaleras, cruzaron el patio y aguardaron a que se abriera la puerta de un calabozo, fuertemente vigilado por un centinela armado.

El reo permanecía sentado en un banco de madera cuando lo iluminó la claridad del día.

Alzó los ojos con curiosidad, y un ligero estremecimiento acompañó la súbita palidez de su rostro. Se puso pesadamente de pie.

—¡Hermano!, exclamó el visitante, no menos pálido y estremecido.

Ni un movimiento, ni una respuesta, recogió aquella palabra vibrante de emoción y de cariño.

—¡Hermano!, repitió avanzando un paso.

Morillo hizo un ademán turbado como para detenerlo.

—Yo no soy su hermano, articuló, y afirmándose en sus palabras: yo no tengo hermanos.

Ante aquella actitud inesperada, el joven llevó maquinalmente la mano a sus ojos, como para apartarles una venda.

—¿Es posible que no me reconozcas?

—Yo no tengo hermanos..., ni familia, agregó con un tono más firme. Extraña estratagema de mis jueces, siguió después de un momento: me inventan una familia...

Con la cabeza inclinada sobre el pecho, consternado, abrumado por aquella obstinación incomprensible, abandonó el joven la celda.

X

Era la tarde.

El mismo joven a quien vimos penetrar en la mañana en la celda de Morillo, acompañaba a una mujer vestida de negro y cubierto el semblante por un velo espeso.

Moreno dió, también, la orden de conducirlos al calabozo.

Ya en el patio, la señora rogó al acompañante que la dejara sola con el empleado. Y avanzó resueltamente, impulsada por una fuerza más enérgica que su voluntad misma.

Abrióse la puerta, y en la actitud resignada de las horas anteriores, sumergido en esas cavilaciones que resumen la vida entera y en las cuales aparecen de bulto los errores y los egoísmos ultrajantes de la propia dignidad, estaba Morillo empalidecido aún por las emociones de la visita matinal.

La dama avanzó hasta la mitad de la habitación y alzó el velo con ademán violento.

Morillo, ya de pie, la esperaba sin respirar.

Jamás un silencio más trágico había vaciado de rumores aquella celda.

—¡Hijo mío!, gritó al fin ella, ahogando esas palabras en un sollozo.

—¡Señora! Extraño parecido, sin duda... , yo no soy su hijo. Esta mañana me trajeron un hermano... y Morillo rió nerviosamente. Aquella risa horrible puso a la mujer de rodillas, y casi arrastrándose; tentó asir una mano del reo, que la retiró cual si el ademán lo espantara.

—¡Hijo mío! ¿Porqué me niegas? Si eres un héroe, abrázame... ; si eres un delincuente, bésame con todos tus labios. Soy tu madre.

Ante el amor de aquellas expresiones Morillo se tambaleó como un herido.

Tendió sus manos para alzarla. Ella retiró las suyas.

—Así he de estar hasta que me abracés.

Aquella actitud impuso al joven un recurso doloroso y amargo; se encolerizó.

—Señora, dijo apartándose rudamente, no prolongue usted una situación absurda. Hay un error inexplicable. Sin

embargo, mi afirmación debe bastarle: yo no tengo madre. Rasgóronle la garganta esas palabras. Y en un rincón de la celda, tímido y huraño, tembloroso, enmudeció.

La mujer se levantó, clavó largamente la mirada turbia de sus ojos llorosos en la cara lívida de Morillo.

Este miró de un modo suplicante al empleado que, de vez en cuando, asomaba su cabeza curiosa. Con rara compasión comprendió el deseo, y entrando resueltamente, levantó a la madre, que se dejó conducir pesadamente, hasta caer en los brazos de su otro hijo. Ambos dejaron el silencioso Cabildo con las primeras sombras del crepúsculo, que aquietaba aún más la ciudad desierta.

XI

Nadie explicaba satisfactoriamente la falta de actividad en las disposiciones del dictador, quien dejaba, casi sin oponérseles, avanzar y agrandarse las fuerzas del general Urquiza. Los jefes, especialmente Mansilla, criticaban abiertamente esta indolencia y falta de capacidad militar. Alguien hablaba de cansancio mental y de la singular manía de dirigirlo todo, naturalmente, con insuficiente, que caracteriza los gobiernos personales. En efecto, el dictador se limitaba a esparcir correos y juntar fuerzas dislocadas en los alrededores de Buenos Aires. Y como si no lo amenazara tan grave peligro, mantenía al día los asuntos del despacho, haciendo trabajar minuciosamente a los numerosos empleados, que obedecían sin observaciones.

Los medios escasos de información de la época, el misterio de que se rodeaban los actos gubernativos, acrecentaban los rumores y exageraban disparatadamente, o disminuían sin tino, las tropas invasoras. Los deseos, que tanto influyen en el convencimiento, reemplazaban las noticias que faltaban.

Por primera vez, después de largos años de silencio temeroso, se hablaba públicamente de los sucesos relacionados con la situación política.

Rozas continuaba tan invisible como antes, y el temor que infundía amordazaba a los mejores amigos de su causa. Había llegado a una situación en que los gobiernos carecen,

propiamente, de partidarios, y sólo permanecen a su lado los enemigos de sus adversarios. Fuera de la masa popular carecía de adhesiones. Planeaba el federalismo en la razón pública, sin vinculaciones exclusivas hacia quien parecía representarlo. Un secreto deseo de cambios, fueran los que fuesen, quitaba todo entusiasmo a los jefes militares y ciudadanos conscientes y les daba el presentimiento de un derrumbe.

El ejército, que se reunía, se desorganizaba al mismo tiempo, faltándole la unidad de mando. En un corrillo de militares se censuró acerbamente esta circunstancia.

Alguien dijo:

—Va a mandar en jefe el mismo restaurador.

—¡Pero si no es un militar!

—En esta tierra todos somos milicos. No hemos hecho sino pelear.

La causa de Morillo seguía entretanto los trámites arbitrarios, que eran la legalidad de los momentos.

Desde la policía habían partido las versiones de las visitas recibidas por él con resultado tan extraordinario.

¿Se trataba o no, en realidad, del joven cuyo nombre verdadero circulaba? Recayó la sentencia, y la mano acostumbrada de Rozas le puso el cúmplase.

Con las ceremonias de estilo, le fué comunicada.

Morillo la escuchó sin temblar, como una consecuencia esperada seguramente. Pidió papel y tinta, y escribió durante mucho tiempo sin detenerse como si expresara cosas muy pensadas de antemano. Antes de firmar dejó la pluma y se paseó largo rato. Volvió a los papeles, los tomó lentamente, y más lentamente aún los rompió en pequeños pedazos.

Llegó el sacerdote. Conversó con él breves instantes y se despidió hasta las primeras horas del amanecer.

XII

Del brazo del sacerdote, que le murmuraba blandamente palabras de consuelo, alta la cabeza, la mirada al frente, cruzó el reo el espacio que lo separaba de la pared del fondo, donde se había formado el pelotón. Un silencio lúgubre sellaba los

labios de los numerosos espectadores. Alcanzado el banquillo, el sacerdote se inclinó a su oído con la última frase de esperanza. Morillo le sonrió melancólicamente. Rechazó, vuelta la fiereza a su semblante, al soldado que quería vendarlo, y al iniciar el oficial la señal de fuego para el pelotón que había tendido sus armas, el joven se irguió en su última altanería, y un grito sonoro precedió de un segundo a la descarga:

¡Viva la patria!

José Gana

Salte de la cama por la mañana y tome un vaso de agua caliente

El porqué debe tomarse un vaso de agua caliente todas las mañanas antes del desayuno.

¿Por qué el hombre y la mujer se sienten la mitad del tiempo nerviosos, desalentados, inquietos; algunos días con dolor de cabeza, pesados, flojos y otros verdaderamente incapacitados por enfermedades?

Si todos practicáramos el baño interno, ¡cuán satisfactorio cambio se efectuaría!

En vez de ser medio enfermos, de aspecto anémico, con caras macilentas, terrosas, vejríamos por dondequiera multitud de gente feliz, sana y de mejillas rosadas. La razón es que no se expulsan cada día todos los desechos que acumulamos debido a nuestro presente modo de vivir. Por cada libra de alimento y bebida introducida en el sistema, debe eliminarse casi una onza de materias de desecho, pues de lo contrario fermentan y forman venenos, como las ptomainas, que son absorbidas por la sangre.

Justamente tan necesario como es limpiar de cenizas el horno cada día antes de que el fuego sea vivo y que caliente, así también debemos todas las

mañanas limpiar de la acumulación de material indigesto del día anterior y de las toxinas del cuerpo a los órganos internos. A los hombres y a las mujeres, estén sanos o enfermos, se les aconseja tomar todas las mañanas, antes del desayuno, una cucharadita de fosfato limestone, como un medio inofensivo de eliminar del estómago, el hígado, los riñones y los intestinos las materias indigestas, desechos de bilis ácida y las toxinas, y así limpiar, suavizar y purificar todo el canal digestivo antes de introducir más alimento en el estómago.

Millones de personas que tuvieron su turno de estreñimiento, ataques de bilis, acedja, días nerviosos y noches de insomnio, se han hecho verdaderamente maníacos del baño interno matutino. Un cuarto de libra de fosfato limestone no costará mucho en la botica, pero es lo suficiente para demostrar a cualquiera su efecto purificador, suavizador y refrescador del sistema.

Para informes: LUIS F. MILANTA — Rivadavia 1255

La Novela Semanal

Aparece todos los lunes con una obra completa e interesante de los mejores escritores argentinos.

PRECIO DEL EJEMPLAR: \$ 0.10. — Suscripción única anual \$ 5.—

PUBLICADAS

11. **La evasión**, de Benito Lynch, 3.^a edición.
12. **La ciudad del amor y de la muerte**, de Julián de Charras, 3.^a edic.
13. **El Babú de Narayana**, de Carlos Muzzio Sáenz Peña, 2.^a edición.
14. **Expiación**, de J. L. Fernández de la Puente, 2.^a edición.
15. **Un casamiento en el gran mundo**, de Elsa Norton, 4.^a edición.
16. **Plutón**, de Julio Navarro Monzó, (agotado).
17. **Bobó**, de Miguel R. Roquendo, (agotado).
18. **La esfinge**, de Julio del Romero Leyva.
19. **En la senda**, de Oscar Tarloy (Antonio Juliá Tolrá).
20. **La voluptuosidad del poder**, de P. Sondéreguer, en 3 partes, 3.^a ed.
21. **El tul violeta**, de la Sra. d. R. de Orlándiz, (agotado).
22. **La degollación de los inocentes**, de Atilio Chiappori.
23. **El apóstol del Ayul**, de Juan José de Soiza Reilly, 2.^a edición.
24. **Holocausto**, de César Carrizo, 3.^a edición.
25. **El pozo de las murenas**, de Pedro Angelici, 2.^a edición.
26. **La diva**, del Marqués de Atela.
27. **Hipódromo**, de Mario Bravo, (agotado).
28. **La revelación**, de José León Fagano.
29. **El caballo de Carcela**, de José de Maturana.
30. **Dorios**, de Cyro de Azevedo, 2.^a edición.
31. **La expulsión de los doctores**, de E. Richard Lavalle.
32. **Del parnaso al chiquero**, de Eustaquio Pellicer.
33. **Cristina**, de Alfredo Duhau (número extraordinario), 2.^a edición.
34. **El ataja-camino**, de Juan Carlos Dávalos.
35. **La conversión**, de Claudio de Souza.
36. **El último brindis**, de César Carrizo.
37. **El hombre de la barba en punta**, de Miguel R. Roquendo.
38. **La Casa de los Cuervos**, de Hugo Wast (G. Martínez Zuviría), en 3 p.
39. **El alma de Buenos Aires**, por Enrique Gómez Carrillo.
40. **Una "girl"**, por Agustín Remón (número extraordinario).
41. **Córdoba Triste**, por Luis Rodríguez Embil.
42. **Trinidad Guevara**, por Enrique García Velloso.
43. **El Hambre**, por Pedro Sondéreguer.
44. **El Ucumar**, por Ricardo Rojas.
45. **Poligamia sentimental**, por E. Carrasquilla Mallarino.
46. **"Chez Mme. Lucie"**, por Julio del Romero Leyva.
47. **La historia de la muchacha**, por Agustín Remón.
48. **"Caballero Andante"** — Homenaje a Diego Fernández Espiro, por Hugo del Monte.
49. **"El chino del Dock Sur"**, por Héctor Pedro Blomberg.
50. **"El cocobacilo de Herrlin"**, por Arturo Cancela.
51. **El Héroe**, por Eligio González Cadavid.
52. **Una Historia Absurda**, por Pilar de Luzarreta.
53. **Confesiones de una mujer**, por César Carrizo, en tres partes.
54. **"Le jour de Gloire est arrivé"**, por Julián de Charras, en homenaje a los aliados.
55. **Los ojos negros**, por José López Silva.
56. **La Pasarela**, por Otto Miguel Cione.
57. **La psicología de los celos**, por José Ingenieros.
58. **"Homunculus"**, por Pedro Angelici.
59. **El Marqués de Santalicia**, por Sara H. Montes.
60. **El misterio de la calle Malpú**, por Alfredo Palacios M.
61. **"Stella"**, por César Duayen, en 2 partes.
62. **"La Suerte"**, por Pedro Sonderéguer.

EN PREPARACIÓN UNA NOVELA INTERESANTÍSIMA
de ELSA NORTON, autora de "Un casamiento en el gran mundo".

Sucesivamente obras de: Lugones, Muzzio Sáenz Peña, Mariano de Vedia, Mamá Justa, Horacio Oyhanarte, Rubén Darío, Giménez Pastor, Manuel Gálvez.

A LOS ESCRITORES:—No se admiten trabajos en esta Dirección que no sean escritos a máquina, no se devuelven los originales, ni se sostiene correspondencia sobre los mismos.



**Una cara bonita
atrae, cautiva e ins-
pira admiración.**

Conserve y realce Vd. los encantos naturales de su rostro usando el perfumado, invisible y adherente

POLVO GRASOSO
Brissac.
PARIS

Defiriendo gustosos al gentil pedido de numerosas favorecedoras que no han podido remitir soluciones debido a la falta momentánea de este admirable producto de tocador en algunas casas de venta, hemos resuelto postergar hasta el 31 de Marzo la clausura de nuestro

GRAN CONCURSO

¿Cuántos granos de arroz contiene la caja?

\$ 10.000 m/h.

repartidos en 200 valiosos obsequios.

Para tomar parte en este Grandioso Concurso debe remitirnos la solución por correo DENTRO DE UNA CAJA VACIA DE POLVO GRASOSO BRISSAC, cerrada con su correspondiente tapa, envuelta en un papel y franqueada con una estampilla de 5 ctvs. indicando «muestra sin valor».

Fida en la Farmacia, Tienda o Perfumería donde Vd. se provee los folletos con los bases del Concurso y la lista de premios.

PRECIO DEL POLVO "BRISSAC": \$ 1.40 LA CAJA

ÚNICOS CONCESIONARIOS:

L. AUBERT & Cía.

1958, CHILE, 1972 — Buenos Aires

U. T. 7260, Libertad

Aguas de Colonia

Vestiladas sobre flores

LE SANCY Hora Kendal

SIMPLE
Ideal para el baño
Frasco grande . \$ 3.70
.. mediano . . 2.20
.. cuarto . . 1.50
.. chico . . 0.45

AMBREE
Deliciosa para el tocador
Frasco grande . \$ 5.70
.. mediano . . 3.30
.. cuarto . . 2.—
Loción 2.90

Extra fina
Frasco grande \$ 7.50
.. mediano . . 4.50

Exquisita y suave
Frasco grande \$ 5.80
.. mediano . . 3.60

NOTA: Estos precios rigen solamente para la Capital. Para el interior se aumentan 20 ctvs. los frascos grandes, tamaño de un litro y 10 ctvs los demas. Por la devolución de los envases se abona el importe que se indica en cada frasco.

Dur

Unica por su delicado aroma
Frasco grande . \$ 5.80



Perfumado y adhecente
La caja . . . \$ 1.70



De venta en todas las Farmacias, Tiendas y Perfumerías de la República.

BLAS L. DUBARRY - MEDRANO, 476
Buenos Aires